GENIO Y FIGURA.

PROVERBIO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE LA SEÑORITA

DOÑA JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Representado por primera vez en el Teatro del PRINCIPE, en la noche del 6 de Abril de 1861.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3119

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

Á LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA TEODORA LAMADRID.

Á la esmerada ejecucion de los actores, y muy particularmente á la de V., he debido en parte el lisonjero éxito que ha alcanzado este mi primer ensayo dramático. Al dedicársele, pues, satisface un deseo de su corazon la amiga, y paga una deuda de gratitud

La Autora.

862.8
T253
v.101

725171

PERSONAJES.	ACTORES.
CARLOTA.....	Doña Teodora Lamadrid.
DON RAFAEL.....	D. Pedro Delgado.
DON SERAPIO.....	D. José Alisedo.

La escena pasa en Madrid.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de D. Serapio: puerta en el fondo y laterales, figurando la de la derecha un balcon. Muebles de lujo, y entre ellos una mesa con recado de escribir, y un costurero sobre el que se vé un bastidor con unas zapatillas empezadas, ovillos y madejas de estambre.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, D. SERAPIO.

D. Serapio sentado en la butaca lee un periódico: Carlota sale por el fondo.

CARL. Papá, papá, (Dando un grito.) papá; bien sabes que no me gusta llamar más de una vez.

SER. ¡Silencio, aturdida! vienes á interrumpirme en la situacion más interesante, cuando leía uno de esos episodios... Figúrate un viajero de Alemania, que en medio de los desiertos africanos es sorprendido de repente... casi una aventura como la mia, ya sabes, cuando en 1830...

CARL. Papá, déjate de tonterías y escucha.

SER. Vamos, ¿qué quieres?

CARL. ¡Qué he de querer! Que el tapicero no parece, y el cuarto de Rafael está todavía sin colgaduras; y ademas, que la modista acaba de mandarme recado de que el vestido de baile no podrá estar para el jueves. ¿Ves si soy desgraciada? ¡todo cuanto yo anhelo!...

SER. (Para sí.) (El aleman, mudo, estático, y los salvajes rodeándole... ¡Oh! sólo yo tengo presencia de ánimo para...)

CARL. (Impaciente.) Papá, ¿no me oyes?

SER. Sí, perfectamente; me decías...

CARL. Decía, que no tengo vestido para presentarme en el baile la noche que se firmen los contratos.

SER. ¡Cómo, sin vestido! No es posible, niña, la decencia exige...

CARL. Si no es eso: es que el que me estaban haciendo no podrá estar para el dia que le necesito, y será preciso aplazar la ceremonia ó presentarme con uno de los mios, ya conocido de todo el mundo.

SER. (Distraido.) ¿Y eso qué importa? Mira: un vestido blanco, unos lazos azules, y una coronita tejida con flores del vallé...

CARL. ¡Ay! Eres inaguantable. ¿Dónde tenemos aquí las flores, ni los valles, ni cómo quieres que yo me presente como una pastorcita en medio de la córte?

SER. Pues mira, esas son cosas tuyas. Yo con arreglar los asuntos de la boda... Esto es lo principal, lo que reclama algun cuidado, porque tú, hija mia, de cualquier modo parecerás bien.

CARL. ¿De veras? Crees que mi primo...

SER. Sin duda ninguna. ¿Ignoras que eres su pasion, su ídolo? ¿No sabes que desde que en su niñez pasó á tu lado unos cuantos años, formó el proyecto de ser tu marido, y que es en sus proyectos un verdadero aragonés? Cuando hace dos años estuve en Zaragoza me complacía en oponerme á sus deseos y me repetía: «Carlota será mi mujer aunque se oponga el mundo entero.» Pero tú, hija mia, ya sabes lo que te he dicho: si no te parece bien... si encuentras en él algun defecto...

CARL. ¡Qué disparate! mi primo es muy guapo, y cuantos le han tratado afirman que tiene un corazon noble y generoso. Me tenía algo desanimada la idea de que en sus

primeros años mostrase una condicion adusta, casi brusca; pero desde que me has asegurado que se ha corregido de este defecto...

SER. Sí tal: yo le encontré amable, complaciente... y á pesar de que dicen que los defectos de carácter no se corrigen nunca, hallé á Rafael tan dulce y apreciable como ántes era grosero y montaraz.

CARL. ¡Oh! ¿qué puede entónces faltar á mi ventura? Yo dócil, cariñosa, (Movimiento de D. Serapio.) porque bien sabes que lo soy; él amable y complaciente... nuestra dicha será envidiada por los ángeles! Pero, ¿qué veo? ¡Las once! Á las once llegaba la diligencia... corre, papá, corre, acaso Rafael se dirige solo hácia aquí.

SER. ¡Diablo! ¡Esto produciría mal efecto! Un novio que se presenta solo, causando sorpresa y aturdimiento general, es empezar demasiado pronto su papel de marido.

CARL. ¿Cómo, papá?

SER. Cierto, hija mia, sólo un marido ó un padre pueden llegar á su casa á cualquier hora, seguros de que no es importuna su llegada.

CARL. ¿Pero no vas?

SER. Sí, sí, al instante. (Toma el sombrero y el baston, y vuelve.) Ya sabes lo que te he encargado. Nada de sacrificios!... Nada de violencia... pero procura, hija mia, hacerte amar. Esta boda va á hacer la felicidad de tu padre, de tu tio y de tu primo sobre todo, que hace doce años que sólo piensa en tí...

CARL. Pero, papá...

SER. Voy, voy, no te impacientes. (Se va y vuelve.) ¡Ah! Sé atenta, complaciente... recuerda que el marido es el que manda; no olvides que mi mujer, tu santa madre, me obedeció en todo, fué esclava de mi voluntad, á pesar de que hizo siempre cuanto quiso y que... basta, ya me voy... ya me voy. (Váse.)

ESCENA II.

CARLOTA.

Gracias á Dios! ¡Qué machacon, qué pesado, es cosa de desesperarse con él! Le avisan de que su mejor amigo se está muriendo, y le es imposible acudir porque está dando consejos á Doña Rosa, que tiene celos de su consorte, jóven de sesenta abriles, y... Le advierten que á su hija le ha dado un accidente, y no puede ir á socorrerla porque está refiriendo su famosa aventura de 1830, cuando camino de Portugal...—Vamos, se necesita toda mi prudencia para poder vivir en paz! Si Rafael ha llegado... si papá no le encuentra... ¿cómo le pareceré? (Va al espejo.) Creo que mi cara no puede parecer mal á nadie; y si en efecto me ama... sí, le pareceré bien, el alma me lo dice: ¡si no fuese amable! ¡si conservase su carácter de niño! No quiero pensarlo. Los defectos se corrigen con la reflexion... cierto. ¡Yo misma me he corregido! Ántes era... es decir, afirman que yo era caprichosa... violenta... ¡Qué locura! Hoy soy afable, cariñosa, y para merecer su amor lo seré más todavía: sí, sí, mi voluntad será la suya siempre: ¿qué puede ser más grato que imponerse cualquier sacrificio para parecer bien á la persona que se ama! En adelante nada alterará mi carácter. Juan, Juan, Juan, (Agitando con fuerza la campanilla.) dí á Nicolasa que si está el almuerzo del señorito, que ya debe llegar pronto. ¡Ah! mira, y que ponga las tostadas bien cargadas de manteca: oye, y que la crema que he hecho yo esté caliente... Corre, hombre, corre. ¡Uf, qué criados! me hacen desesperar á cada instante.—Oigo pasos, ellos sin duda... (Acercándose á la puerta del foro por donde se fué el criado.) Juan, Juan, avisa á Nicolasa que ya están aquí.

ESCENA III.

DICHA, D. SERAPIO, RAFAEL, un criado con el equipaje.

SER. Aquí le tienes, aquí le tienes.

RAF. Adios, prima querida. (Ap.) (¡Oh! cada dia más guapa.)

CARL. (Ap.) (¡Cómo ha ganado con los años!)

SER. (Ap.) (Ambos turbados, mudos... hé ahí la impresion que yo me prometía.) (Al criado.) Entra en ese cuart la maleta. (Váse el criado por la derecha.)

CARL. Por supuesto que ya habías llegado cuando papá...

RAF. Hacía diez minutos.

SER. Figúrate que caminaba yo muy de prisa hácia la casa de diligencias, cuando desde un coche que atravesaba á escape...

RAF. Eso es, le llamé á usted, y aquí estamos.

SER. Oigo una voz, un acento cariñoso que exclama...

CARL. ¡Cuánto me alegro! No he tenido un instante de sosiego desde que supe que salías de Zaragoza.

RAF. Gracias, Carlota. (Ap.) (Es más dulce que un almíbar. Y yo que creía...)

SER. Tio, tio, exclamó la voz desde el fondo del carruaje, avanzo á él...

CARL. Basta, ya sabemos...

SER. Pues llego, y me encuentro...

RAF. (Rápidamente.) Justo; conmigo, que le abrazo, le pregunto por mi prima, le hago entrar en el carruaje, le mando al cochero arrear, le despido en la puerta, y aquí estamos.

SER. Eso es, eso mismo iba yo á explicar, y la mútua emocion... (Rafael y Carlota dan señales de impaciencia.)

CARL. (Ap.) (!Oh, qué afan!)

RAF. (Ap.) (¡El mismo machacon de hace dos años!)

SER. Pero, nada, ya no digo...

CARL. Sí, sí, es mejor, papá, lo que interesa por ahora es que mi primo almuerce y descanse.

SER. ¡Oh! de eso yo me encargo, voy á ver si está el almuerzo dispuesto, y luégo le daré conversacion hasta que se duerma.

RAF. (Ap.) (¡Adios sueño!)

CARL. Papá, mejor será que sirvan el almuerzo en esta sala, ¿quieres? (Á Rafael.) Junto á mí.

RAF. Es igual, donde tú quieras.

SER. Pues voy al instante,

ESCENA IV.

RAFAEL, CARLOTA.

CARL. Siéntate aquí, á mi lado.

RAF. Con mil amores.

CARL. ¡Qué dicha! volverse á ver despues de tantos años de separacion. ¿Has conservado siempre el recuerdo de nuestra infancia, del dia de tu partida?

RAF. ¡Ya lo creo! En tantos años como he vivido lejos de tí no se ha separado un momento tu imágen de mi pensamiento.

CARL. Yo nada he olvidado tampoco, ni la promesa que te hice de quererte siempre, y ya ves si la cumplo; ni las cachetinas que me tienes dadas.

RAF. ¿Es posible?

CARL. Y tanto. ¡Ay, primo! En tu infancia eras de un carácter tan adusto, tan violento... ¿Supongo que ya te habrás corregido de este defecto?

RAF. ¡Puedes dudarlo!

CARL. Siempre querías tener razon, y esto me desesperaba.

RAF. En efecto, recuerdo que eras viva, irascible, que rompías todos tus juguetes cuando se te quitaba cualquier gusto.

CARL. Sí, y tú te complacías en quitármelos todos.

RAF. Y tomabas unas rabietas...

CARL. Sí, pero nunca pegaba á nadie, ni corría á los criados con un baston, ni daba malas razones.

RAF. ¡Es posible! ¿yo?...

CARL. ¡Ay! sí, primo, sí, ¡no se podía vivir á tu lado!

RAF. ¡Pues mira, otro tanto decían de tí!

CARL. ¿Sabes que si la reflexion no corrigiese los defectos de la niñez haríamos desgraciados á cuantos viviesen á nuestro lado?

RAF. Cierto: hé ahí por qué me he corregido yo: en adelante no habrá más voluntad que la tuya.

CARL. Lo mismo ofrezco.

RAF. De modo que nuestras cuestiones pasadas...

CARL. Serán el contraste de nuestra tranquilidad presente.

ESCENA V.

DICHOS, D. SERAPIO y dos CRIADOS, que sirven el almuerzo.

SER. Aquí está ya el almuerzo.

RAF. Bien venido sea: tengo un apetito voraz.

SER. ¡Es posible!

RAF. Fígúrese usted: desde anoche á las diez que nos detuvimos á cenar, sólo hemos tomado esta mañana una jícara de chocolate en Guadalajara: despues no nos hemos comunicado más que los viajeros unos con otros, y á decir verdad ninguno llevaba cosa muy sólida, que ofrecer.

CARL. ¡Pobre Rafael!

RAF. Qué quieres, al hacernos caminar al vapor debieron suprimir las necesidades de la vida, pues por la pequeñez de comer, de beber ó tomar una taza de tila si uno se pone malo, no se ha de parar diez minutos la diligencia ó cortar una locomotora la velocidad de su carrera. No señor; es mucho más fácil morirse de un cólico ó de hambre.

SER. Tienes razon: ántes se viajaba con lentitud, pero era uno dueño de su voluntad. Yo recuerdo que en mi viaje de mil ochocientos treinta...

CARL. Advierto que no tomas gran cosa de esta crema.

RAF. No la quiero; no está bien hecha.

CARL. ¡Ah!

SER. ¡Hombre, pues si precisamente la había hecho Carlota!

RAF. Perdona, no sabía... si no, hubiera dicho que estaba esquisita.

CARL. Gracias.

SER. Ya ves, sólo por obsequiarte; ella no entra jamás en la cocina.

RAF. (Ap.) (Se conoce.) Supongo que no te enojarás por tan poca cosa.

CARL. No, y en prueba de ello voy á servirte el café.

RAF. No, deja: yo mismo.

CARL. De ningun modo; es gusto mio.

RAF. Como quieras; y en efecto, mejor será que mútuamente nos sirvamos: tomarás café conmigo.

CARL. Corriente.

SER. Y yo os referiré mientras cuando en mil ochocientos treinta en mi viaje á Portugal...

CARL. (Ap.) (Dios nos asista.)

RAF. (Ap.) (¡Qué posma!)

SER. Atravesaba yo montado sobre mi caballo una selva espesa: la noche estaba oscura; los árboles, impulsados por el viento, movían sobre mi cabeza sus ramas deshojadas, y en el espacio retumbaba el huracan, haciendo estremecer las ramas que sobre mi cabeza...

RAF. (Ap.) (¡Otra vez!)

SER. De repente, en medio de las tinieblas, veo una luz... acércome pausadamente... era una hoguera: junto á ella distingo dos hombres mal encarados, con barba cerrada.

CARL. ¡Papá, por Dios!

SER. Á su lado, y apoyados en las ramas, descubro sus trabucos; se levantan, los toman... no había duda... habían sentido mi caballo... Monto mis pistolas y... Pero ¿qué es esto? ¿no tomais café?

RAF. Está muy dulce.
CARL. Está muy amargo. } (Al tiempo.)

SER. Vamos, ya comprendo; el interés de mi relato... Tranquilizaos, nada me sucedió. Aquellos temibles trabucos se convirtieron en escopetas y los bandoleros en honra-

dos cazadores, á quien dí conversacion hasta la madrugada. (Carlota va á tomar su bastidor.)

RAF. (Ap.) (¡Pobre de ellos!)

SER. Pero sólo mi valor, mi presencia de ánimo hubiera podido... Y no creas, conservaré siempre las pistolas que en aquel lance...

CARL. (Que ha estado dando señales de impaciencia.) Pues, casi te has quedado sin almorzar.

RAF. No lo sientas, eso no importa: ¿qué bordas?

CARL. Unas zapatillas.

RAF. ¡Qué bien bordadas!

CARL. ¿Te gustan?

RAF. Sí, mucho; pero mira, este verde junto á ese azul y con ese amarillo al lado es de muy mal gusto.

CARL. (Ap.) (¿Tambien esto?)

RAF. Por lo demas son muy lindas.—¿Es un regalito para papá, eh?

CARL. No por cierto.

RAF. Vamos, ¿son para tí?

CARL. ¡Jesús, hombre! ¿Quieres que tenga yo este pie?

RAF. En efecto, no había reparado. ¡Oh! tú le tienes precioso. (Mirando el de Carlota.)

CARL. Gracias por la lisonja.

RAF. No lo creas, me pareces muy linda: si no lo fueses, te lo diría con la misma franqueza que te he dicho que no me gustan las zapatillas.

CARL. (Soltando con rabia el bastidor.) Sí, ya lo veo; ¡eres muy franco!

RAF. Podía no serlo contigo, que eres mi prima y serás en breve mi mujer.

SER. Tiene razon: con la familia debe haber espansion, franqueza... Yo recuerdo que mi conducta con mi buena esposa...

RAF. Abur.

CARL. Un momento: veo que te diriges el jardin, y como eres forastero voy á servirte de guia. (Tomando el brazo.)

RAF. ¡Con mil amores, ángel mio!

CARL. (Ap.) (Es muy amable, á ratos.)

ESCENA VI.

D. SERAPIO, contemplándolos con ternura.

¡Hé aquí realizado mi sueño de ventura! Los dos unidos, ligada más y más la familia y formando un solo ser los vástagos de los dos hermanos. ¿Con quién podrá ser más feliz mi Carlota que con aquel que la conoció niña y la profesó siempre un cariño de hermano? ¡Oh! sí, ellos serán mi consuelo, mi alegría, el báculo de mi vejez. Al ver que la felicidad se retrata en los ojos de mi hermosa Carlota, al ver que mi buen Rafael se impone todo género de privaciones por complacerla, mis ojos derramarán lágrimas de ternura. Y se las impondrá, sí señor; adivinará en sus ojos sus deseos y será esclavo de su voluntad. ¡Pobre de él si no, pobre de él el dia que su mujer derrame una lágrima! Ha de ser tan feliz como fué conmigo su madre, á quien yo sacrificaba todos mis caprichos y á cuyo lado pasaba las horas refiriéndole los episodios de mi juventud. Cuántas veces exclamó, en un acceso de interés por mí: «basta; ya lo sé, ya me lo has contado,» todo por evitarme... pero yo, nada, nunca la privé del gusto de escucharme... hasta que se murió... En fin, dejemos estos recuerdos y consagrémonos á velar por la felicidad de nuestra hija: yo cuidaré de su dicha, y el dia que advierta... ¡Oh! me sobra energía, valor para... Buena prueba es mi lance del viaje, cuando camino de Portugal...

ESCENA VII.

DICHO, CARLOTA y RAFAEL. Entran sin darse el brazo y van á sentarse cada uno á un ángulo del escenario. Pausa.

SER. ¡Hola! parece que venís cansados.

RAF. Sí.

CARL. No.

SER. ¿Cómo?

CARL. Mi primo creo que tiene sueño.

RAF. Despues de no haber dormido en cuarenta y ocho horas, no es extraño; pero no he sido yo, ha sido Carlota quien ha querido...

CARL. ¿Cómo es eso? ¿te atreves?... ¡Qué insolencia!

RAF. ¿Conque he sido yo quien ha cortado bruscamente el paseo?

CARL. Pues no, que habré sido yo, que estaba trazando el cuadro de nuestra dicha futura.

SER. Pues no cabe duda que uno de los dos...

CARL. Verás, papá.

RAF. Juzgue usted.

CARL. Íbamos paseando por la calle que conduce á la glorieta...

RAF. Justo; iba así apoyada en mi brazo, más bonita...

SER. Déjate de digresiones.

CARL. Llegamos á la glorieta, y allí, á la sombra de la enredadera...

RAF. Propusiste tú, tú, que nos sentáramos.

CARL. Nos sentamos, y cuando yo le pintaba mi cariño, mi inquietud durante su viaje, las infinitas zozobras que me cuesta, mi señor primo no cesaba de bostezar.

RAF. No creo...

CARL. Ya ves qué grosería.

RAF. ¡Prima!

CARL. Pues nada, yo, siempre tolerante, sigo pintando nuestra ventura: me contradice á cada instante, hasta al fin, cuando yo interpretaba como una galantería su silencio, vuelvo la cabeza...

RAF. Y estaba dormido.

CARL. Entónces, ciega de cólera, de indignacion...

RAF. Justo: entónces mi señora prima me dió un empujon que me hizo besar el suelo.

CARL. Le dije que era un imprudente.

RAF. Y llenándome de improperios echó á correr, sin parar hasta que usted la ha visto.

CARL. Ya ves, papá, si he tenido razon, y si otra ménos indulgente...

RAF. No hubiera podido hacer más que romperme la cabeza, como tú has estado á punto de hacerlo si al caer...

SER. Paréceme, querido Rafael...

RAF. Lo que á mí me parece, querido tio, es que el que se ofende al ver dormir á uno que echó el último sueño á cincuenta y siete leguas de distancia del sitio en que se encuentra, es un imprudente.

CARL. ¡Yo imprudente! ¿Ves, papá?

SER. Veo que os exaltais por nada. Infinitas veces se durmió mi mujer escuchándome, y yo, hija mia, nunca me incomodé por tan poca cosa. Hasta machacon y pesado recuerdo que se atrevió á llamarme un dia.

RAF. Sí, usted...

SER. Yo le dije que el cariño no autoriza para faltar á la verdad; la dejé dándole un abrazo, y aseguro que se separó de mí muy contenta.

RAF. (Ap.) (Lo creo)

SER. Esto me sucedía muy á menudo. ¡Las doce! Voy á despachar el correo. Adios, hijos mios; mucho me complacen estas pruebas de vuestro cariño.

ESCENA VIII.

CARLOTA, RAFAEL. Ambos permanecen callados un instante.

CARL. (Ap.) (Si espera que hable.)

RAF. (Ap.) (Preciso será que yo...) (Alto.) Primita, haces el favor de indicarme cuál es mi cuarto...

CARL. Ese. (Señalando el de la derecha.)

RAF. (Ap.) (Qué concision. ¡Y qué bonita es, sí, sí, lo que es bonita! ¡pero tiene un genio... el mismo de siempre!)

CARL. (Ap.) (¡Y decían que se había corregido!)

RAF. Hasta luégo.

CARL. Abur. (Pausa. Rafael se sienta en la butaca.) ¿No te vas?

RAF. Esta es una cama muy cómoda, y si no te incomodo aquí...

CARL. Puedes dormir tranquilo: no chistaré.

RAF. No, mujer, eso sería exigir demasiado, habla, canta, haz lo que quieras; cantar sobre todo: me han dicho que tienes una voz preciosa.

CARL. ¿Sí? quién te ha contado...

RAF. Mi padre, que en la temporada que pasó á tu lado, te cobró un cariño... Siempre me estaba hablando de tí.

CARL. (Soltando el bastidor. ¡Querido tio!

RAF. Y de contínuo me repetía: ¡tiene la voz de un ángel! con mejor oido y no tan mala escuela, sería una notabilidad.

CARL. (Ap.) (Vamos, no hay paciencia.)

RAF. ¿Conque quieres cantar un poquito? (Sentándose á su lado.)

CARL. No, no, duerme; no quiero distraerte.

RAF. ¡Qué disparate! ya no tengo sueño, y ademas, la música no me incomoda para...

CARL. Por el contrario, te adormece, ¿verdad?

RAF. Casi, casi.

CARL. (Ap.) (Vamos, no hay medio de sufrir tanta imprudencia.)

RAF. ¿Verdad que en adelante cantarás para mí? ¿para que yo te oiga?

CARL. Sí, cantaré... cuando quieras dormir.

RAF. ¡Qué buena eres! ¡cómo te he de querer!

CARL. ¿De veras?

RAF. ¿Pues no? Me miraré en tus ojos, será ley tu voluntad...

CARL. ¡Allá veremos!

RAF. ¿Cómo veremos? Mándame lo que quieras, rodar que se te antoje.

CARL. No tanto como eso... pero aguarda, ténme esta madeja.

RAF. ¡Vaya una tontería! pónla en cualquier parte.

CARL. ¡Pues me gusta! Empiezas bien á cumplir tu oferta.

RAF. Yo me ofrezco en cosas de verdadero interés.

CARL. ¡Qué cortés! ¡Qué atento!

RAF. No creo que obligue la cortesía á estar en cruz un cuarto de hora.

CARL. ¡Gran trabajo!

RAF. Ya lo creo, para tí...

CARL. Ni para tí, si tú me quisieras.

RAF. Pero mujer, ¿qué prueba eso?...

CARL. En todo se prueba el cariño, y principalmente complaciendo á la persona amada.

RAF. ¡Vaya por Dios! Venga la madeja.

CARL. ¿Tenerla tú? ¡Nunca! prefiero que no se acaben las zapatillas.

RAF. No se pierde mucho: son bastante feas.

CARL. No habían de ser para tí.

RAF. Ya lo supongo: y ahora que me fijo: ¿para quién son?

CARL. No te importa.

RAF. ¿Cómo que no me importa? esas zapatillas son para un hombre.

CARL. Para mi padre.

RAF. Falso: ántes me dijiste que no.

CARL. Pues serán para mí.

RAF. ¿Tienes tú ese pie de kilómetro? ¿Para quién son? pronto, repito que son para un hombre.

CARL. No te equivocas.

RAF. Quiero saber quién es.

CARL. Quiero, quiero... qué despotismo. No te lo diré.

RAF. ¿Que no me lo dirás?

CARL. No, no tienes derecho para preguntarlo.

RAF. ¿No, eh? ahora mismo las voy á hacer pedazos: ¿dónde hay unas tijeras, un cortaplumas?

CARL. ¡Cómo se entiende! Te guardarás bien de tocar á mi bastidor.

RAF. Las haré pedazos, y eso te enseñará á conocer si tiene derecho un marido...

CARL. ¿Y crees que voy á ser tu mujer? ¿que voy á resignarme á tener un marido montaraz, que dice bordo mal, que canto peor, y que quiere tener el derecho de saber cuanto hago? ¡Nunca!

RAF. ¿Cómo que nunca? lo veremos: serás mi mujer aunque rabies tú, aunque se oponga tu padre... aunque se empeñe el mundo entero: soy aragonés y cumpliré mi palabra: seré tu marido.

CARL. No lo esperes. Ántes soltera toda mi vida que casarme contigo.

RAF. Te casarás, te casarás, y yo te enseñaré á ser dulce, amable. (Dando un puñetazo en la mesa.)

CARL. ¡Yo esposa de una fiera como tú!

RAF. Sí, pues será divertido para mí, tener que sufrir un carácter caprichoso, irascible, violento.

CARL. ¿Esto más? Papá, papá.

RAF. (Ap.) (¡Qué mal criada!)

CARL. (Ap.) (Qué grosero. Bien dice el adagio.)

RAF. y CARL. (Á un tiempo.) Genio y figura...

ESCENA IX.

DICHOS, D. SERAPIO.

SER. ¿Qué pasa? ¡Qué gritos, qué alboroto!

CARL. Nada, nada, papá; que Rafael recoge su palabra y no se casa.

RAF. Eso es inexacto, Carlota es quien se opone.

CARL. ¡Yo! ¿soy yo quien no quiere sufrir á una mujer caprichosa, irascible?...

SER. Pero hijos mios.

CARL. Responde.

RAF. Pues sí señor, lo he dicho y lo sostengo, tienes un genio inaguantable.

CARL. ¿Oyes, papá? ¡Ves qué grosería!

RAF. No es grosería decir la verdad.

CARL. ¡Vamos! si me dejara llevar de mi genio...

SER. Pero, Carlotita... reflexiona...

CARL. Calla, calla, papá, no empieces con tus pesadeces.

RAF. (Ap.) (Digo, qué tal.)

SER. Tú, Rafael, que tendrás más calma, más sensatez.

RAF. Ya lo creo.

CARL. ¡Esto más! ¿Conque te pones de su parte?

RAF. Eso te probará la razon que tienes.

SER. No, hija mia, yo no trato...

CARL. ¡Todos contra mí! ¡Hasta mi mismo padre! (Se sienta sollozando.)

SER. No te aflijas, tontona... si sabes que yo...

CARL. ¡Pobre de mí! en vez de defenderme...

RAF. ¡Vamos, no hay quien sufra!

SER. Tienes razon: tranquilízate y confía en mí, confía en tu padre, que sabrá perder su vida con tal de evitarte el más leve pesar. Era esto, señor sobrino, lo que debíamos esperar su padre de usted y yo? Sembrar el dolor en el seno de una familia honrada que le brindaba con la dicha?

RAF. (Ap.) (Si Dios no me da paciencia...)

SER. En una familia que era la suya.

RAF. Sí señor; una familia, que á pesar de ser la mia, hace tres horas que he llegado, y tres horas que no cesa de atormentarme; una familia que quiere darme la dicha y no me deja comer, dormir ni descansar; el uno con sus pesadeces y la otra con sus infinitos caprichos.

SER. ¡Rafael, Rafael! tú pasas los límites...

RAF. ¡Uf! al fin he podido desahogarme. (Sentándose muy fatigado.)

CARL. Ahora mismo, papá, ahora mismo escribe al tio que se ha deshecho la boda, que no nos casamos.

RAF. Gracias á Dios que dices algo de provecho. Escriba usted al punto.

SER. No, esperad; despues, cuando hayais reflexionado...

CARL. Estoy resuelta.

RAF. Y yo.

SER. Considerad el disgusto que vais á dar á mi pobre hermano con semejante noticia.

CARL. Ya se le pasará.

RAF. Por el contrario, se alegrará mucho cuando yo le explique...

SER. ¡Magnífica idea! Escribidle vosotros diciéndole las causas... (Ap.) (Ganaremos tiempo.)

RAF. Tiene usted razon: con dos palabras...

SER. Pero no ahora; despues.

CARL. No, al punto.

RAF. Cuanto ántes mejor. (Ambos acuden á la mesa y escriben, Carlota en la mesa, y Rafael, volviéndola bruscamente la espalda, en su propia rodilla.)

SER. (Ap.) (Dios guíe su pluma.)

RAF. Tome usted; póngala un sobre.

SER. Veamos. (Lee.) «Querido padre: no me caso con mi prima porque está muy mal criada.» (Carlota da señales de impaciencia.)

RAF. Eso basta.

SER. Sí, sobra.

CARL. Toma, papá.

SER. (Leyendo) «Querido tio: no me caso con mi primo porque es un grosero.»

RAF. (Ap.) (Se empeñó.)

SER. Escribís breve y claro.

RAF. Ahora, puesto que ya hemos arreglado ó desarreglado nuestro asunto, me permitirán ustedes que me vaya á otra parte á comer y á dormir.

SER. Puedes irte cuando gustes.

CARL. Nos dejarás mucha tranquilidad.

RAF. Pues no lo retardo: voy á tomar algunos objetos de la maleta, y al instante... (Ap.) (Al fin me hizo faltar á mi palabra. (Váse.)

ESCENA X.

CARLOTA, D. SERAPIO.

CARL. (Que ha seguido á su prima con la vista.) ¡Tómese usted interés por nadie! (Va á sentarse en la butaca enjugándose las lágrimas.)

SER. ¡Qué chicos! ¡qué chicos! (Ap.) (Y cómo le digo yo á mi hermano... cómo le mando estas cartas tan... tan... la-

cónicas... no, tan imprudentes?

CARL. ¡Decirme que tengo mal genio! ¡yo! Yo bien conozco que á veces me exalto... ¡pero nunca sin razon! Eso no. Mientras que él... ¿qué necesidad tenía de llamarme caprichosa y decirme que mi bordado... y que mi oido, y no sé cuántos insultos?...

SER. Carlota... hija mia...

CARL. ¿Qué quieres?

SER. ¿Qué hago con estas cartas? Porque yo supongo...

CARL. Déjate de suposiciones y haz lo que te han dicho.

SER. ¿Conque está deshecha la boda?

CARL. ¡Deshecha, á Dios gracias!

SER. ¿Á Dios gracias, y lloras?

CARL. ¡Y por qué no he de llorar! ¿Te parece que es agradable haber suspirado tantos años por Rafael, haber querido ser bella para agradar á Rafael, haber aprendido á cantar para Rafael, y encontrarse ahora con que Rafael desaprueba cuanto á mí pertenece y retira su palabra?

SER. Él asegura, por el contrario, que has sido tú quien la ha retirado.

CARL. Miente... es decir, se equivoca. Yo no he dicho...

SER. ¿Pero cuál ha sido la causa?...

CARL. ¡Toma! porque quería saber para quién eran las zapatillas.

SER. ¿Y por eso?...

CARL. Y porque me ha dicho que son horribles, y que yo... ¡Ah! ¡haberle guardado fé tantos años!

SER. ¿Otra vez lloras?

CARL. No, no creas que es por sentimiento de perderle; al contrario, lloro por haberle creido algun dia digno de mi cariño.

SER. ¡Todo es llorar!

CARL. Sí, cierto; pero esta es la primera impresion: ya pasará... y luégo... ¡Oh, luégo verás qué dichosa soy! (Sollozando.)

SER. Lo serás, hija mia, lo serás. Minará el mundo tu padre hasta encontrar un marido tan bueno como él lo fuél

Pero tú, hija mia, sé cariñosa, dulce; con la dulzura se domestican las fieras. Por este medio pude yo vivir en paz con tu madre, que tenía tan mal carácter como tú; es decir, como Rafael.

CARL. (Ap.) (En efecto, si á mí me fuera fácil...)

SER. Pero nada, confía en mi experiencia.

CARL. (Enjugándose las lágrimas.) ¡Oigo pasos: él es!

ESCENA XI.

DICHOS, RAFAEL.

RAF. (Contemplando á Carlota desde la puerta.) ¡Qué lástima que con esa cara... (Alto.) Querido tio, si me hiciera usted el obsequio de que avisaran un mozo que trasladara mi equipaje.

CARL. (Ap.) (¡Qué dulzura! ¡Hipócrita!)

SER. ¿Conque al fin estás decidido á dejarnos?

RAF. Sí, tio, sí; el tiempo que permanezca en Madrid, que no será mucho, le pasaré en una fonda, en lo cual ganaremos todos.

SER. Como quieras; pero no olvides nunca que fuiste tú quien quisiste marcharte, y que todas nuestras reflexiones fueron inútiles...

RAF. Ya lo sé, tio: pero lo he dicho y no me vuelvo atrás. ¡Soy aragonés! Eso no impide que nos veamos alguna vez. Una cosa es que nuestros caractéres sean opuestos... eso ya pasó, y otra que yo haga justicia á los sentimientos que le adornan.

SER. Querido Rafael, bien sabe Dios que hubiera hecho mil sacrificios por realizar...

RAF. Basta, basta, lo sé: salgo de esta casa; pero salgo de ella sin rencor ni odio: los dias que aquí permanezca serán ustedes mis únicos amigos, y esta casa, donde venga á pasar algunos ratos de solaz... (Ap.) (No muchos.)

CARL. (Ap.) (¡Qué oigo! ¡Ah! si yo acertase...)

SER. ¿Será cierto, hijo mio? ¿podremos contar?...

RAF. Sí, con cuanto usted quiera: conque si hace usted el

favor...

SER. Sí, al instante. (Váse.)

RAF. (Ap.) (¡Gracias á Dios!)

ESCENA XII.

CARLOTA, RAFAEL.

Carlota toma su bordado y Rafael la contempla unos instantes en silencio.

RAF. (Ap.) (¡Que me haga faltar á mi palabra! ¡Y qué bonita!) (Alto.) Conque, prima, ya puedes ir disponiendo lo que gustes para Zaragoza.

CARL. ¿Tan pronto te marchas? (Con dulzura.)

RAF. Solo me detendré lo necsario para descansar y ver algo de la poblacion, que en doce años que la dejé, no dejará de ofrecerme algo de nuevo.

CARL. ¡Ya lo creo! Madrid ha mejorado mucho en edificios, en paseos.

RAF. ¡Viendo lo más notable!

CARL. Eso es; que te lleven un dia por un lado, otro dia por otro, y en breve lo tienes todo visto.

RAF. ¿Que me lleven, eh? Vamos, sí, tomaré un coche...

CARL. No, hombre, que te acompañe algun amigo.

RAF. Bah, bah, primero que los adquiera... tú me indicarás, y en un cochecito...

CARL. Cierto, sí, como has dicho piensas venir alguna vez...

RAF. ¿Cómo alguna vez? ¡todos los dias!] (Apoyándose en su sillon.) ¡Hola! ¿has reemplazado el color carmesí por el amarillo que tocaba al lado del verde? ¡Ahora si que está bonito!

CARL. ¿Te gusta?

RAF. ¡Mucho! Conque me ofrecías...

CARL. Te ofrecía enseñarte todo lo notable que encierra Madrid... Es decir, indicártelo para que tú...

RAF. No, mujer, si algun dia tus ocupaciones te permiten acompañarme, yo tendré en ello un placer.

CARL. Bien, se lo diremos á papá, y creo que no se negará á

ir con nosotros.

RAF. Pues siendo así... (Va á sentarse á su lado y se detiene. Ap.) (¡Cuando recuerdo su genio!)

CARL. (Ap.) ¡Si fuera siempre tan amable!

RAF. (Sentándose.) ¿Conque quedamos en que me acompañarás algun dia?

CARL. Sí, cuantos quieras: es decir, los que papá disponga, y en ellos, verás, te vienes aquí en cuanto almuerces, tomamos el coche y al Museo, á la Armería... yo te explicaré mucho de lo que hay allí.

RAF. ¡Hola! Tú sabes...

CARL. De algo le ha de servir á una leer, estudiar... luégo á la Castellana; pasearemos á pie, y respondo que te gustará aquel paseo, punto de reunion de todas las muchachas elegantes y bonitas.

RAF. Allí tienes entónces tu puesto.

CARL. ¡Lisonjero! Nos acompañarás á comer... es decir. si tu quieres.

RAF. ¡Pues no he de querer!

CARL. Y despues de tomar café, al teatro, excepto aquellas noches que prefieras descansar, que entónces, tú sentado en la butaca, yo al piano, y aunque canto mal...

RAF. No recuerdes... ¿qué entiende mi padre...

CARL. Esta es la vida que te haremos pasar los dias que nos favorezcas. ¿Te parece bien?

RAF. ¿Yo lo creo!... ¡Caminar de diversion en diversion, y contigo! Únicamente me hará volver al lado de mi padre la idea de estar enfermo, y ya ves, sólo en una fonda...

CARL. ¡Sólo! Pues qué, ¿no estamos aquí nosotros? La que rezaba contigo cuando niño, la que te dió siempre el título de hermana, la que pensaba consagrarte todas las horas de su vida, ¿crees que no volaría á tu lado para cuidar de que nada te faltase?

RAF. (¡Si esta muchacha fuese siempre así!) (Ap.)

CARL. Nada importa que ya no nos casemos... para que sea siempre tu prima, tu hermana de la niñez! ¿No crees

que Dios te daría la salud si tu hermana se lo rogaba, y otorgaría á mi cariño fraternal los medios de curarte? ¡Oh, sí! mi cariño te salvaría, y de este modo, cuando de regreso en tu casa recordases á tu prima, verías que no es tan mala, tan intratable como al principio te pareció.

RAF. No, si mala no me has parecido nunca. Un poco viva de genio... pero yo tambien soy un poco brusco... y...

CARL. No lo creas... á veces...

RAF. No importa: con todo lo que ha pasado hemos aprendido á conocernos tal cual somos.

CARL. Es verdad, y no por eso nos apreciaremos ménos.

RAF. ¡Al contrario, mucho más! Pero te estoy distrayendo, y no te dejo bordar: ¿sabes que decididamente hace muy bien el carmesí al lado del verde?

CARL. En efecto, veo que tienes gusto en la eleccion de colores. Tambien á mí me gusta más.

RAF. Y vamos, con franqueza, ¿para quién son esas zapatillas? Ya ves que ya no puedo ofenderme...

CARL. Pues bien, eran para tí.

RAF. ¿Es posible?

CARL. Y tanto, pero como no te gustan...

RAF. ¡Qué error! ¿Quién te ha dicho?... (Torpe.) (Ap.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. SERAPIO, un CRIADO.

SER. Entra por el equipaje del señorito.

CARL. } (Á un tiempo.) ¿Eh?
RAF. }

SER. Nada, que viene Juan por tu maleta. (Sale el criado.) ¿Adonde la lleva?

RAF. ¿Adónde? no he pensado... por ahí cerca, á la esquina... al lado...

SER. Enfrente tienes una casa de huéspedes.

RAF. ¿Enfrente de este balcon? ¡Bravo! Chico, lleva la maleta á la casa de enfrente, toma la mejor habitacion con vis-

tas á la calle...

CRIADO. Está bien, señorito. (Váse.)

ESCENA XIV.

D. SERAPIO, CARLOTA, RAFAEL.

RAF. (Siguiendo al criado hasta la puerta.) Pidan lo que quieran, no repares: yo te sigo al punto. ¡Qué cansado estoy, (Sentándose.) se me cierran los ojos...

SER. Podias haber descansado un rato, y despues...

RAF. Sí, casi tiene usted razon! podia... (Levantándose repentinamente.) pero no, lo que ha de ser, cuanto ántes, Adios, querido tio, Carlota... (Ap.) (¡Qué bonita!)

CARL. (Ap.) (¡Se va! ¡y yo que creía!...)

RAF. Pero con un genio tan vivo, tan... Á propósito: ¿tio, puso usted ya en el correo nuestras cartas?

SER. No por cierto, hasta las siete... no tengas cuidado... Ya sabes mi exactitud, y puedes estar tranquilo. Irán las cartas.

CARL. Pues al contrario, papá, yo creo que no las debías mandar... están demasiado lacónicas... ¿No te parece, Rafael? Se puede decir lo mismo de un modo ménos ofensivo.

RAF. Cierto: tú, por ejemplo, puedes decir á mi padre: no me caso con mi primo, porque no me gusta... y porque quiero á otro.

CARL. (Vivamente.) ¡Nunca! ¿Quieres que yo cargue con toda la responsabilidad, que sufra sola el enojo del tio?

SER. En efecto, eso sería...

CARL. Escribe tú, dí que no me quieres porque soy fea ó tonta...

RAF. Yo no miento nunca.

CARL. Pues entónces...

RAF. Vayan las cartas escritas.

SER. No por cierto, yo escribiré...

CARL. ¡Ay! sí, papá.

RAF. Sí tal, sáquenos usted de este compromiso.

SER. Yo le diré á mi hermano: los chicos no se casan, porque él duerme y ella borda.

CARL. (Riendo.) Eso sería demasiado tonto.

RAF. Pero muy exacto.

CARL. Dirá mi tio que soy una caprichosa.

RAF. Es verdad.

CARL. Y que tú, (Conteniéndose.) y que tú te has acalorado.

RAF. Eso...

SER. Tambien es verdad.

CARL. Pues, ¡nos pondriamos en ridículo! Pero... si tú quieres, yo estoy pronta... haré lo que tú quieras.

SER. Todo se reduce á que digan que no habeis tenido razon.

RAF. ¡Qué insulto!

CARL. ¡Ya ves tú!

RAF. (Ap.) (Tio, deme usted mi carta.)

CARL. (Ap.) (Papá, devuélveme...) (D. Serapio saca al tiempo las dos cartas, y al tomarlas ambos se echan á reir.)

RAF. y CARL. Já, já, já!

SER. (Ap.) (Bien decía yo, que ganando tiempo...)

RAF. (Pasando al lado de su prima.) ¿Sabes, Carlota, que un carácter como el tuyo expone cada cinco minutos su felicidad?

CARL. ¡Ay, primo, qué de torpezas cometerás si no corriges el tuyo!

RAF. Corregido desde hoy: y para empezar, destruyo esta prueba que me condena. (Va á romper la carta.)

CARL. Como yo.

RAF. No, detente, guardemos estas cartas y serán nuestro correctivo en adelante.

CARL. (Rompiendo la suya.) No lo creas: he reflexionado que tengo en mi poder un remedio más eficaz para corregirte.

RAF. ¿Cuál es?

CARL. Mi cariño y mi dulzura.

RAF. ¡Divina! Y me has hecho faltar á mi palabra dos veces en un dia. El verdadero aragonés no soy yo, es mi cariño.

SER. (Yendo vivamente al foro.) Juan, volando, recoge el equi-

paje del señorito. Siempre acaban así estas cosas: yo recuerdo que con mi difunta...

CARL. Ahora á almorzar lo que pidas, y á dormir... yo sabré guardar tu sueño. ¿Estás contento?

RAF. De esa manera conseguirás cuanto quieras de mí.

CARL. Así lo espero.

SER. Yo no... *genio y figura*

CARL. No, padre, ese indigno error
de quien cristiano ha nacido,
le verás desvanecido
para gloria de mi amor.
Desde el cielo el Criador
con el mal remedio envía,
y yo en la dulzura mia
su correccion hallaré...
si una palmada á mi fé
sirve de estímulo y guía.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este proverbio no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 30 *de Enero de* 1861.

El censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.